

Blood and Fire. *La Violencia* in Antioquia, Colombia, 1964-1953¹

Malcolm Deas²

A comienzos del decenio de los años sesenta la Alianza para el Progreso trajo un buen número de académicos extranjeros a Colombia, un país en donde las ciencias sociales estaban en esos tiempos en su infancia. El autor de esta reseña recuerda muchas discusiones entre los visitantes y los colombianos acerca de las causas y la naturaleza de *la Violencia*. El colombiano común trataba de explicar al extranjero que el fenómeno tenía sus raíces en el sectarismo político. Encontraba cierto escepticismo condescendiente: para el extranjero las causas no podían ser encontradas en la política; la realidad a un nivel más profundo tenía que ser distinta –lucha de clases, lucha por la tierra, raza, marginalidad... y no política–. Desde entonces el fenómeno de *la Violencia* ha recibido la atención de un número significativo de estudiosos, colombianos y extranjeros. Muchos de sus trabajos son rigurosos y serios, y muchos continúan el eco de esas viejas discusiones. El libro *Blood and Fire* de Mary Roldán es la más reciente contribución sustancial al tema y afirma su propósito de cuestionar esa visión del colombiano común sobre el problema. El libro ofrece una documentación extraordinaria sobre la política antioqueña en los años tratados, basada principalmente en las fuentes del Archivo de la Gobernación de Antioquia. La cronología y la distribución geográfica de la violencia política en el departamento de Antioquia están expuestas en forma detallada y convincente.

Los que están familiarizados con la historia política colombiana sabrán que la división del partido Liberal en 1946 llevó al triunfo a una administración Conservadora, elegida con una minoría de votos. Bajo una Constitución centralista, y en obediencia a la lógica del “spoils system” que entonces regía, procedió por etapas a Conservatizar el país en el grado que podía. Este proceso –al que en los tiempos post-Guerra de los Balcanes en que vivimos podemos referirnos con el horrible término “limpieza política”- en un país como Colombia en donde las lealtades políticas

¹ Mary Roldán, Duke University Press, Durham and London, 2002. 392 pp. [ISBN 0-8223-2903-4 cloth; 0-8223-2918-2 pbk]. *Sociedad y Economía* agradece al *Journal of Peasant Studies* por ceder la publicación de esta reseña que aparecerá en inglés en su volumen 32, número 2, abril del 2005. Existe edición en español: Mary Roldán, *A sangre y fuego. La violencia en Antioquia, Colombia, 1946 – 1953*, Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia y Fundación para la Promoción de la Ciencia y la Tecnología, 2003. 435 pp. Traducción de Claudia Montilla.

² Traducción de Beatriz Castro C. Revisión de Malcolm Deas.

eran profundas, produjo una violencia muy extensa, tan sólo interrumpida con la instalación de un gobierno militar en 1953. Mary Roldán describe cómo el fenómeno transcurrió en Antioquia y cómo ciertas regiones periféricas del departamento fueron mucho más afectadas que las viejas regiones cafeteras o el centro industrial. La evidencia que el libro contiene es excepcionalmente rica, y la mayor parte, podríamos decir, sustenta la visión común del colombiano a la cual nos hemos referido. El libro es una lectura indispensable sobre el tema.

Sin embargo, la autora siente el deber de cuestionar la visión común, y procede a hacer eso en su versión de los antecedentes políticos, nacionales y locales, y con unas nuevas hipótesis adicionales. Estos aspectos del libro son mucho menos convincentes y muchas veces muy poco claros.

Para empezar con los antecedentes históricos, hay algunas afirmaciones y algunos pequeños errores sorprendentes. La guerra de Los Mil Días, 1899-1902, fue ciertamente entre las guerras civiles colombianas formales, la más costosa en vidas y en destrucción, pero las otras guerras civiles no pueden ser desestimadas como “meras escaramuzas”, afirmar esto es desconocer un elemento esencial para entender la socialización política de los colombianos. Panamá fue perdido después de la guerra de Los Mil Días, no durante ella. Gabriel Turbay, el principal candidato del partido Liberal en 1946, no era Turbay Ayala. *Manzanillo* no significa traidor, *panela* no es melaza, y traducir el término burocrático *Su Señoría* como *Your Lordship* da al gobierno un tono exageradamente feudal. Estos, salvo el último error de juicio, son equivocaciones de hecho, *errors of fact*, pero el libro contiene también interpretaciones basadas en evidencia mucho más delgada que el lector principiante tal vez notará.

Una de estas interpretaciones es la noción de un predominante *convivialismo*, la idea de que la política a nivel nacional y regional en las décadas de 1920, 1930 y 1940, antes de la campaña presidencial de Jorge Eliecer Gaitán -las fechas dadas para este *convivialismo* son imprecisas- fue verdaderamente un bipartidismo artificial oligárquicamente arreglado, *a fix*, “insular, aristocrático, elevado y distante”. *Convivialismo* no era un término de la época. Es la hipótesis y la invención de Herbert Braun, otro historiador colombo-americano, quien lo plantea en su libro sobre el asesinato de Gaitán, pero es una noción que no ha tenido necesariamente mucha acogida. Esta hipótesis hubiera sorprendido a la mayoría de los políticos colombianos activos en esas décadas, si vivieran y pudieran escucharla. Gaitán fue un formidable conductor y movilizador de masas y su muerte fue el evento que más intensificó la violencia posterior, pero caracterizar a sus predecesores, rivales y oponentes, como políticos felices en su compromiso con el *convivialismo* es caer en el error común de la mayoría de los extranjeros que escriben sobre política colombiana -confundir la retórica política del país con el análisis sociológico sobrio: Los políticos colombianos se han denunciado mutuamente como oligarcas, al menos desde el nacimiento de la República.

Cualquiera que sean los méritos de la hipótesis del *convivialismo*, lo que ocurre en el libro es la mutación de una apreciación imprecisa e incompleta en un dato histórico, *an historical fact*. Es un rasgo preocupante de mucha de la historiografía actual norteamericana sobre Latinoamérica.

Mary Roldán discierne una elite antioqueña *convivialista*, con inclinaciones tecnócratas, muy inclinada a los arreglos bipartidistas, e inspirada en “los valores fundamentales de la antioqueñidad”; una elite que en ese momento -1946- pierde el control del departamento, dado que se había quebrado todo acuerdo o compromiso al nivel de la política nacional, al tiempo que se ve enfrentada al reto de nuevos elementos emergentes, sectarios de clase media, dispuestos a establecer su dominio por medios violentos, particularmente en ciertas regiones periféricas, conservatizables, percibidas también como desviadas de “los valores fundamentales antioqueños”.

Este reseñador confiesa que encuentra el uso frecuente de la palabra *elite* particularmente irritante, pues, como en este caso, le permite a la autora evitar descripciones específicas, además de llevar naturalmente la carga de elitismo. No es nada novedoso o sorprendente descubrir que los más ricos empresarios antioqueños y hacendados eran poco entusiastas con la perspectiva del conflicto político más intenso, y que no pudieron contenerlo cuando se agudizó. La táctica más común de los comerciantes y hacendados y de los ricos en general en la historia de la República ha sido mantener una distancia prudente de la política -claro, hay excepciones. Colombia ha estado siempre llena de políticos emergentes de la clase media y no hay nada nuevo al respecto en las décadas de 1940 y 1950: la política local en Colombia nunca ha sido, para usar el pequeño término, un campo para elites. Aún más, a pesar de numerosos intentos hechos en décadas recientes por parte de historiadores marxistas y progresistas para cambiarlo, el cuadro de una sociedad comparativamente igualitaria, móvil, sin castas, tal como la mostró James Parsons en su clásico libro *Antioqueño Colonization in Western Colombia* publicado por la Universidad de California, Berkeley y Los Angeles en 1949, todavía resiste a sus críticos – “bloody but unbowed” – “golpeado pero invicto”, digamos.³ El panorama puede haber sido menos igualitario de lo que los antioqueños gustaban proclamar, y algunas zonas de Antioquia ciertamente difieren de la norma cultural folklórica, pero en el específico propósito de dilucidar el comienzo, la localización y el desarrollo de la violencia entre 1946 y 1953, es difícil ver cómo estas modificaciones del panorama contribuyen tanto a una explicación de *la Violencia*.

La división de clases en Antioquia no es bien marcada, como se puede constatar leyendo cualquier memoria local de esa época, o como lo muestra el estudio reciente de Patricia Londoño *Religion, Society and Culture in Colombia: Medellín and Antioquia, 1850 – 1930* publicado por la Universidad de Oxford en 2003. Las

³ Publicado en español por primera vez en 1950: James Parsons, *La colonización antioqueña en el occidente colombiano*, Bogotá: Banco de la República.

distintas regiones del departamento tenían sus reputaciones estereotipadas, y cada pueblo y vereda tenía su percepción de sus vecinos, y todo esto contribuyó a los conflictos después de 1946. Pero las lealtades partidistas fueron el determinante principal de quiénes hicieron qué a quiénes, y no los distintos grados de “antioqueñidad”. “El otro” -que inevitablemente hace su aparición en este texto- no debe ser definido como la víctima local o el victimario vecino. Mejor cabe, si hay que utilizar un término ya bastante gastado, una persona de otra parte de la nación, como fueron los soldados traídos de la Costa Atlántica; o los chulavitas, la policía conservadora que fue reclutada rápidamente por el gobierno nacional en las zonas campesinas de Cundinamarca y Boyacá. Cuando los antioqueños mataban antioqueños, ellos mataban personas como ellos, y muy frecuentemente personas que ellos conocían, incluso personas de las que sabían cómo se llamaban. Esto era cierto para los políticos locales que eran los agentes de Conservatización, de las guerrillas liberales que los resistieron y de los contrachusmas, que eran las guerrillas locales que a su turno los enfrentaban. Las diferencias sociales y culturales que los dividían, en mi lectura, eran mínimas.

Estoy seguro que estos elementos hubieran quedado perplejos frente a afirmaciones como las de que “las formas dominantes incrustadas en el proyecto regional hegemónico permitieron a los no-elites legitimizar la violencia en nombre de la protección de los valores regionales antioqueños” o que ellos eran parte de “una lucha... por imponer el proyecto regional hegemónico fundado en las nociones de las diferencias culturales, étnicas y raciales”, o que “para entender la naturaleza de la violencia en las regiones periféricas de Antioquia durante la violencia, tenemos que reconocer las desigualdades impuestas por el colonialismo”. Su perplejidad, creo yo, no solo hubiera sido una reacción frente a una prosa y unos conceptos extraños, sino también porque no hubieran reconocido a ellos mismos ni a sus acciones en estas teorías. ¿Fueron ellos víctimas de una “falsa conciencia”? ¿No es eso mismo una noción “colonialista”? Debemos estar siempre alerta frente a explicaciones históricas que basadas en la idea que la gente no sabía qué estaba haciendo.

El resumen de la cubierta del libro va aún más lejos: “La lectura de Roldán de los hechos históricos sugiere que la experiencia antioqueña de la Violencia fue resultado de un cierto tipo de colonialismo interno en el cual la formación de una identidad regional basada en supuestos de superioridad cultural fue utilizada para justificar la violencia contra “otros” raciales o étnicos y sirvió como pretexto para usurpar tierras y recursos naturales. *Blood and Fire* demuestra que, lejos de ser una peculiaridad colombiana, la Violencia fue una consecuencia lógica del desarrollo capitalista y la formación del Estado en el mundo moderno”. De esta manera se presenta de manera bastante sesgada un libro rico en detalles políticos aparte de sus pasajes más débiles sobre identidad, colonialismo interno y “el otro”, y la frase final simplemente no tiene sentido: *la Violencia* colombiana fue peculiar, y no fue ningún resultado lógico del desarrollo capitalista, ni de la formación del Estado en el mundo moderno. La autora puede no tener responsabilidad por lo que los editores

decidieron escribir para presentar el libro, pero si no estaba de acuerdo, entonces debió haber protestado.

Para expresar esta crítica de otra forma, el mapa político del departamento es una mejor herramienta de explicación que el mapa cultural, económico o sociológico, a pesar de que estos mapas se encuentran algunas veces relacionados. Los muchos devotos de la teoría de la “ausencia del Estado” como la explicación reina de la violencia colombiana, deben darse cuenta que son precisamente los elementos estatales presentes los que son los primeros objetos de confrontación.

Hay más para decir sobre el análisis político que se presenta en el libro. Mary Roldán se refiere a la “historia oficial” de la violencia como un enfrentamiento general entre dos partidos “monolíticos”, pero pocos lo han presentado así. Colombianos, académicos o no, siempre han subrayado que algunas regiones han sido mucho más violentas que otras, y una serie de factores locales ha influido para que el conflicto se extienda, intensifique o adquiera formas específicas. La autora se refiere a “las víctimas verdaderas, a los miles de campesinos no armados que murieron y cuyas voces fueron silenciadas u olvidadas”. Las verdaderas víctimas fueron con seguridad *todas* las víctimas, y los campesinos desarmados no han sido silenciados u olvidados más que los otros. ¿Un punto pedante? No, porque esa afirmación es parte de la interpretación del conflicto de la autora, y de su visión del sistema político que generó esa violencia. Es una versión particular de *victimhood* la que está siendo ofrecida al lector.

La mayoría de la literatura inicial sobre la *Violencia* fue escrita por los Liberales. Ellos estaban en esta coyuntura fuera del poder, fueron los blancos de la violencia inspirada por el gobierno, y los Liberales parecen estar, más que sus enemigos Conservadores, en la sintonía de lo que llamamos vagamente modernidad, y por eso han obtenido y obtienen opiniones más favorables. De muchas maneras puede ser que ellos las merezcan, pero bajo el sistema político que prevaleció en las décadas de 1930 y 1940, los políticos Conservadores no vieron ilegítimo remover a los Liberales de los cargos oficiales y nombrar Conservadores en su reemplazo en toda la nómina pública del país. Esto aparecía entonces a muchos como su derecho, incluso como una necesidad. Mary Roldán se refiere a esto como “la usurpación de la autoridad local por los conservadores nombrados”. *Usurpación* no es en absoluto el término que ellos hubieran aceptado: su respuesta hubiera sido que ellos no estaban haciendo más que lo que los Liberales habían hecho cuando obtuvieron el poder en 1930. Dónde, cuándo y cómo los Conservadores reemplazaron a los Liberales dependió de muchos elementos -qué tan fácilmente el balance local podía ser cambiado, qué recursos en términos de policía o tropas se tenían, cuál era la coyuntura de la política nacional en el momento-. La política nacional oscilaba en estos años entre la más y la menos conciliadora, y eso produjo consecuencias locales, aún siendo débil el control del gobierno central.

La autora de *Blood and Fire* exagera cuando escribe que “el concepto del Estado central en el contexto de la violencia colombiana es potencialmente

problemático e incluso es una categoría irrelevante para entender las percepción individual de la autoridad o del poder en el terreno. Para la mayoría de los colombianos el Estado central es un concepto abstracto y el poder es ejercido y determinado local y regionalmente, no por Bogotá”. *Ejercido*, sí, desde luego –tiene que ser así – pero ¿*determinado*? En últimas, no fue determinado local o regionalmente, como podemos ver en el curso de los eventos entre 1946 y 1953: hay dos puntos claves, específicos, en la política nacional, la victoria Conservadora en las elecciones presidenciales en 1946 y el golpe de estado que depone a Laureano Gómez e instala en el poder al General Gustavo Rojas Pinilla en 1953, que marcan el principio y el fin de esta etapa. La mayoría de los colombianos estaba suficientemente consciente de estos cambios, tenía unas ideas bastante claras de lo que estaba sucediendo a nivel nacional y podía llegar a conclusiones sobre sus consecuencias al nivel de su localidad. Los colombianos leían periódicos, oían radio, incluso en las tiendas y bares de los pueblos de “la periferia.” Que la gente ya podía escuchar directamente, sin intermediación, los discursos de Gaitán o de Laureano Gómez era, según algunos moderados, parte del problema. Que “la historia de la *Violencia* en Antioquia se explica con los detalles de la historia local” es una observación obvia, una perogrullada, en el sentido de que cualquier evento tiene que ocurrir en un lugar específico, pero si la autora está insistiendo en que la explicación *esencial* de la violencia antioqueña tiene que ser local, no nacional, tenemos que rechazar la escogencia que ella quiere que hagamos. Crea un dilema falso. Para acercarse a una explicación satisfactoria es necesario entender los niveles locales, regionales y nacionales. Aparte de algunas referencias al trabajo de Carlos Miguel Ortiz sobre el Quindío -*Estado y subversión en Colombia: La Violencia en el Quindío* publicado en Bogotá por Cerec en 1985- *Blood and Fire* hace pocas observaciones comparativas sobre las formas que tomó la violencia política en otras regiones del país. Un examen comparativo hubiera servido para explorar hasta donde lo que pasó en Antioquia era tan peculiarmente antioqueño.

Las instituciones no son sistemáticamente estudiadas. Hay en el libro mucha información dispersa sobre la policía y el ejército, pero no hay un análisis sistemático de estas fuerzas o de su posible importancia en la formación del Estado. Un lector cuidadoso puede notar que ellas actuaron de forma distinta, el ejército siendo menos susceptible de la manipulación política. Mayor énfasis se debió poner en la capacidad muy limitada del ejército. La Iglesia, que en ese tiempo no puede caracterizarse como neutral, es objeto de escasa atención -hay tan sólo ocho entradas bajo el término iglesia en el índice. Esto sorprenderá a los familiarizados con la religiosidad antioqueña y a quienes recuerdan el fuerte compromiso de algunos obispos locales y clérigos del Departamento con el partido Conservador. Poco interés se le presta a la prensa.

La mayoría de la información utilizada proviene de archivos. Es una lástima que la autora utilice poco las memorias antioqueñas de esa época, un buen número de las cuales han sido publicadas. Complementan la información de archivo de

muchas maneras; al menos algunas de ellas describen en detalle y de primera mano quién hizo qué, a quién, cuándo, dónde y con qué. Cualquiera que quiera evaluar por sí mismo esta crítica al libro *Blood and Fire* deberá conseguir las extraordinarias memorias del médico José I. González E., *Concordia, años de frenesí y de guerra*, publicados en Medellín por la Secretaría de Educación y Cultura de Antioquia en 1988. Sin pretensiones teóricas y sin sectarismo, el relato cubre muchos de los mismos eventos y lugares. González en un momento hace una lista de las dieciocho causas de lo que él denomina “la guerra civil de 1949”. Algunas de ellas coinciden con las de Mary Roldán, pero no incluyen nociones como las de imposición cultural hegemónica, colonialismo interno, o la inevitable lógica de la formación del Estado y el capitalismo en el mundo moderno.

Blood and Fire concluye con algunas especulaciones sobre las similitudes y diferencias entre el conflicto colombiano y los conflictos en otras partes, y sobre los vínculos entre el pasado y el presente antioqueño y colombiano. Estas conexiones han sido insinuadas por la extraña decisión de la autora de ilustrar el libro con escenas fotográficas de la Colombia contemporánea, a pesar de la existencia de grandes archivos de fotografías del periodo estudiado en las excelentes bibliotecas de Medellín, de fácil acceso. Sin embargo, la autora sólo halla espacio para una breve ojeada sobre las décadas posteriores. Toca brevemente las drogas, a Pablo Escobar y a los paramilitares, pero omite nombrar a las FARC, al ELN y al EPL.

En su libro sobre otra tierra de disputas persistentes, *Interpreting Northern Ireland*, publicado por Oxford University Press en 1990, John Whyte llega a dos conclusiones sobrias y sensatas. Una es que la complejidad de las variables que envuelven muchos conflictos humanos hace imposible alcanzar un análisis completamente satisfactorio sobre sus causas. La segunda fue confesar un momento de duda sobre si todos los esfuerzos académicos que pacientemente ha examinado han servido en algo para resolver los problemas de la región. En el pasado, subraya Whyte, se han alcanzado acuerdos entre los contendores en el Norte de Irlanda sin la ayuda de tanta atención académica. Un acuerdo de ese tipo en el caso colombiano fue el muy criticado *Frente Nacional*, el pacto entre los Liberales y los Conservadores en 1957, que trajo efectivamente el final del enfrentamiento sectario que fue el centro de *la Violencia*. Uno quisiera un poco más del espíritu modesto de Whyte en los diagnósticos y prescripciones sobre Colombia. Los colombianos son excepcionalmente abiertos para los diagnósticos, críticas y consejos, y son propensos a darle credibilidad, más de la que uno quisiera, a lo publicado en el extranjero. El libro reseñado acá tiene mucho que ofrecer a sus lectores, pero sus argumentos e hipótesis no deben ser tragados enteros; como dice la expresión colombiana, no deben ser aceptados *sin beneficio de inventario*.

St. Antony's College
Oxford